

La duquesa entretanto, desde su balcón, y oculta por el escudo de hierro dorado detrás del cual había caído de rodillas, veía, interrogaba, devoraba cada uno de los rostros en que las antorchas reflejaban su luz centelleante.

— ¡Ay! — exclamó señalando á uno de la escolta, — ¡mirad, Mayneville!

Este gritó á su vez:

— ¡El mensajero del duque de Mayenne al servicio del rey!

— ¡Estamos perdidos! — dijo la duquesa.

— Es preciso huir, y pronto, señora, — dijo Mayneville; — vencedor, el Valois abusará mañana de su victoria.

— ¡Hemos sido vendidos! — exclamó la duquesa. — ¡Y por ese joven! ¡Lo sabía todo!

El rey estaba ya lejos; había desaparecido con toda su escolta por la puerta de San Antonio, que se abrió al aproximarse y se cerró después de darle paso.

## IV

Como Chicot bendijo al rey Luis XI por haber inventado la posta y resolvió aprovecharse de esta invención.

Chicot, de quien con permiso de nuestros lectores volveremos á hablar, después del importante descubrimiento que acababa de hacer desatando las cintas de la careta del señor de Mayenne, creyó no debía perder un instante para ponerse á salvo de los resultados de aquella aventura.

Como se comprende muy bien, el combate entre

él y el duque debía ser en lo sucesivo á todo trance, pues herido menos dolorosamente en su carne que en su amor propio, Mayenne, que á los antiguos cintarazos tenía que agregar la reciente estocada, no podía perdonar nunca.

— ¡Ea ! ¡ ea ! — exclamó el buen gascón precipitando su carrera hacia Beaugency, — esta es la ocasión de hacer correr sobre los caballos de posta el dinero reunido de esos tres ilustres personajes que se llaman Enrique de Valois, don Modesto Gorenflot y Sebastián Chicot.

Hábil como era en fingir con gran arte no sólo todos los sentimientos sino también todas las condiciones, tomó en aquel mismo momento el aire de un gran señor, como había tomado en situaciones menos comprometidas el de un honrado ciudadano. Así, jamás príncipe alguno fué servido con mayor celo que maesé Chicot cuando vendió el caballo de Ernautón y habló un cuarto de hora con el maestro de postas.

Apenas se vió dentro de la silla, determinó no detenerse hasta hallarse en lugar seguro, y corrió con toda la velocidad que podían permitirlo los treinta caballos que mudó en las sesenta leguas de

camino, devoradas en veinte horas, sin que en ellas experimentase la menor fatiga, pues parecía que le habían hecho de acero.

Cuando, gracias á esta rapidez, llegó en tres días á Burdeos, parecióle que le era permitido tomar un poco de aliento.

Y como, cuando se galopa, se puede pensar, y aun no se puede hacer mucho más que eso, Chicot pensó mucho.

Su embajada, que tomaba mayor gravedad á medida que se aproximaba al término de su viaje, se le apareció bajo un punto de vista muy distinto, sin que podamos decir con exactitud bajo qué punto de vista se le apareció.

¿ Qué príncipe iba á encontrar en aquel extravagante Enrique, á quien los unos suponían tonto, los otros cobarde, y todos un renegado de poca importancia ? Però la opinión de Chicot no era la de todo el mundo.

El carácter de Enrique, como la piel del camaleón que refleja el objeto que cubre, había experimentado algunas variaciones desde que pisara su suelo natal, pues Enrique había sabido poner bastante espacio entre la zarpa real y la preciosa piel

que con tanta habilidad había libertado hasta entonces de todo gancho, para que pudiese temer el menor rasguño.

Entretanto su política exterior era siempre igual : perdiase en el ruido general, extinguiendo al mismo tiempo algunos nombres ilustres cuyo brillo todos se admiraban de ver reflejar en una pálida corona de Navarra. Del mismo modo que en París, hacía continua compañía á su esposa cuya influencia no obstante, á doscientas leguas de París, parecía completamente inútil. En una palabra, vegetaba y nada más, dándose por satisfecho con la vida sedentaria que había elegido.

Para el vulgo era asunto de hiperbólicas bufonadas y censuras.

Para Chicot era materia de profundas reflexiones, porque por muy poco que, al parecer, valiese Chicot, sabía naturalmente adivinar el fondo de los corazones debajo de la corteza. Así pues, Enrique de Navarra no era para él un enigma ya descifrado, pero era un enigma, y saber que Enrique de Navarra era un enigma, y no un hecho puro y simple, era ya saber mucho. Chicot, por consiguiente, sabía más que todo el mundo, sabiendo,

como aquel viejo sabio de la Grecia, que nada sabía.

Cualquiera se hubiera presentado allí con la frente erguida, el lenguaje libre y el corazón en los labios : pero Chicot no ignoraba que era preciso entrar con el corazón frío, el lenguaje estudiado y el semblante compuesto como el de un cómico.

Inspiróle esta necesidad de disimulo, en primer lugar, su penetración natural, y en segundo, la perspectiva de los mismos parajes que iba recorriendo.

Al pisar Chicot los límites de aquel pequeño principado de Navarra, país cuya pobreza era proverbial en Francia, cesó de ver, no sin grande asombro, estampado en cada rostro, en cada casa y en cada piedra, el diente de aquella miseria horrible que roía las provincias más bellas de la soberbia Francia que acababa de dejar.

El leñador que pasaba con el brazo apoyado en el yugo de su buey favorito, la aldeanilla de jubón corto y ligero paso que llevaba el agua sobre la cabeza á la usanza de los coéforos antiguos, el anciano que murmuraba una canción antigua meneando su nevada cabeza, el pájaro familiar que

picoteaba dentro de su jaula el repleto comedero, el niño atezado, de miembros flacos, pero nervudos, que retozaba sobre montones de hojas de maíz, todo hablaba á Chicot un lenguaje vivo, claro y elocuente; todo le gritaba á cada paso que daba:

— ¡ Aquí reina la felicidad !

De vez en cuando, al ruido de las chillonas ruedas de un carro que cruzaba lentamente el camino, experimentaba Chicot cierto terror involuntario, recordando la pesada artillería que estropeaba los arrecifes de la Francia; pero al volver el camino se le presentaba la carreta del vendimiador cargada de cubas y de muchachos alegres. Cuando algún cañón de arcabuz le hacía abrir los ojos por detrás de un vallado de higueras ó de pámpanos, recordaba Chicot las tres emboscadas de que tan fácilmente se había librado, y sin embargo, lo que le alegraba no era más que un cazador, que, seguido de sus perros, atravesaba el llano cubierto de liebres para pasar á la montaña llena de perdices.

Aunque la estación estaba muy avanzada, y Chicot había dejado á París cubierto de niebla y escarchas, hacía buen tiempo y aun calor. Los

árboles, que no habían perdido todavía sus hojas, derramaban, desde lo alto de sus copas casi amarillas, una sombra azulada sobre la tierra. Los horizontes purísimos reverberaban con los rayos del sobre mil aldeas formadas de casas blancas.

El campesino bearnés, con el sombrerillo inclinado sobre la oreja, azuzaba en los prados á esos caballos de tres escudos que brincan infatigables con sus patas de acero, andan veinte leguas de una tirada, y nunca almohazados ni cubiertos, se sacuden al llegar al término del viaje y se ponen á paecer la primera hierba que encuentran, lo cual constituye su única y suficiente comida.

— ¡ Diablo ! — exclamaba Chicot : — jamás he visto la Gascuña tan rica. El bearnés vive como gallo en gallinero.

Y supuesto que es tan feliz, razón hay para creer, como dice su hermano el rey de Francia, que es... que es... casi bueno. Es verdad que, aunque traducida en latín, me incomoda todavía la carta; casi tengo tentaciones de traducirla en griego; pero ¡ bah ! yo no he oído decir que Enriquillo, como le llamaba su hermano Carlos IX, supiera latín. Yo le haré de mi traducción latina

una traducción francesa, *expurgata*, como dicen los sabios de la Sorbona.

Y Chicot, mientras hacía estas reflexiones en voz baja, se informaba en voz alta del sitio en que podía encontrar al rey.

Éste se hallaba en Nerac. Dijéronle al principio que estaba en Pau, lo cual había obligado á nuestro mensajero á avanzar hasta Mont-de-Marsan; pero al llegar aquí había sido rectificada la topografía de la corte, y Chicot echó por el camino de la izquierda para salir al de Nerac, que encontró lleno de gente que volvía del mercado de Condom.

Entonces averiguó; pues, como recordarán nuestros lectores, era muy preguntón y sólo circunspeto cuando se trataba de contestar á las preguntas de los demás, que el rey de Navarra se daba una vida muy alegre y que no permitían un momento de tregua á sus perpetuas transiciones de un amor á otro.

Durante el viaje había tenido Chicot el feliz encuentro de un joven clérigo católico, de un tratante de ganado lanar y de un oficial, que desde Monte-de-Marsan iban en buena compañía y plati-

canban dulce y sabrosamente entre las repetidas francachelas que tenían en cuantas posadas descansaban.

Chicot creyó ver en aquella asociación, puramente casual, representada la Navarra ilustrada, la Navarra comercial y la Navarra militante. El clérigo le recitó los sonetos que corrían sobre los amores del rey y de la bella Fosseuse, hija de Renato Montmorency, barón de Fosseux.

— Vamos, vamos, — le contestó Chicot, — conviene que nos entendamos: en París creen que S. M. el rey de Navarra está loco por la señorita Le Rebours.

— ¡ Oh ! — dijo el oficial, — eso sucedía en Pau.

— Sí, sí, — repitió el clérigo, — en Pau.

— ¡ Ah ! ¿ era en Pau ? — replicó el mercader, que en su calidad de simple ciudadano parecía el menos informado de los tres.

— ¡ Cómo ! — preguntó Chicot, — ¿ tiene por ventura el rey una querida en cada pueblo ?

— Bien puede ser, — dijo el oficial, — pues me consta que era el amante de la señorita Dayelle cuando yo estaba de guarnición en Castelnaudary.

— ¡ Esperad, esperad un poco ! — exclamó

Chicot. — La señorita Dayelle... ¿ una griega ?

— La misma, — dijo el clérigo, — una cipriota.

— Perdonad, señores, — observó el traficante que deseaba hallar una coyuntura para tomar parte en aquella conversación : — yo soy de Agen.

— ¿ Y qué ?

— Que puedo responder de que el rey conoció á la señorita de Tignonville en dicha ciudad.

— ¡ Cáspita, — dijo Chicot, — qué galanteador tan verde ! Pero volviendo á la señorita Dayelle, cuya familia he conocido...

— La señorita Dayelle era muy celosa y amenazaba sin cesar : tenía un puñalito muy lindo, corvo, que colocaba sobre su costurero, y un día se lo presentó el rey diciendo que quería evitar una desgracia al que le sucediera en el trono.

— ¿ De modo que á estas horas se dedica S. M. exclusivamente á la señorita Le Rebours — preguntó Chicot.

— Al contrario, — contestó el clérigo : — están reñidos; la señorita Le Rebours es hija de presidente, y como tal muy fuerte en achaque de procedimientos. Fué tanto lo que se querelló contra la reina, gracias á las insinuaciones de la reina madre,

que la infeliz cayó enferma. Entonces la reina Margarita, que no es tonta, se aprovechó de la ocasión, y decidió al rey á dejar á Pau por Nerac ; por consiguiente, ese es ya un amor interrumpido.

— ¿ Conque es decir, — preguntó Chicot, — que la nueva pasión del rey es la Fosseuse ?

— ¡ Oh ! sí, tanto más, cuanto que está, según dicen, en cinta.

— ¿ Pero qué dice la reina ? — añadió Chicot.

— ¿ La reina ? — repuso el oficial.

— Sí, la reina.

— Deposita sus dolores á los pies del Crucifijo, — respondió el clérigo.

— Por otra parte, — dijo el oficial, — la reina ignora todas estas cosas.

— ¡ Cómo ! — exclamó Chicot : — ¡ eso es imposible !

— ¿ Por qué ? — preguntó el oficial.

— Porque Nerac no es una ciudad tan grande que no se vean las personas de una manera muy clara.

— ¡ Ah ! en cuanto á eso, — observó el oficial, — hay un parque, y en ese parque calles de más de tres mil pasos, todas llenas de cipreses, de

plátanos y de sicomoros magníficos; de modo que es tan grande la sombra que dan dichos árboles, que en la mitad del día no se ve á diez pasos de distancia; reflexionad qué sucederá cuando llega la noche.

— Y además, anda muy ocupada, — añadió el clérigo,

— ¿Ocupada?

— Sí.

— ¿Y en qué?

— En Dios, — replicó el clérigo con seriedad.

— ¡Bah! — exclamó Chicot.

— ¿Por qué no?

— ¿Conque es devota la reina?

— Muy devota.

— Sin embargo, según creo no se dice misa en el palacio, — dijo Chicot.

— Pues creéis muy mal. ¡Que no se dice misa! Sin duda nos tenéis por paganos. Sabed que si el rey va al sermón con sus gentiles-hombres, la reina hace que le digan la misa en una capilla particular.

— ¿La reina?

— Sí.

— ¿La reina Margarita?

— La reina Magarita; por más señas que yo, aunque indigno sacerdote, he percibido dos escudos por haber oficiado dos veces en su capilla, y he predicado también un buen sermón sobre este sagrado texto:

« Dios ha separado el buen grano de la zizaña. »

El Evangelio dice: « Dios separará; pero como hace mucho tiempo que se escribió el Evangelio, he cambiado un tiempo por otro.

— ¿Y el rey ha tenido noticia de vuestro sermón?

— Lo ha oído.

— ¿Sin incomodarse?

— Todo lo contrario; lo ha aplaudido en extremo.

— Me dejáis asombrado, — respondió Chicot.

— Es preciso añadir, — dijo el oficial, — que una misa y un sermón son cosas muy accesorias en Palacio, donde hay muy buenas comidas, sin contar los paseos, pues creo que en ninguna parte se hayan paseado más los bigotes que en las alamedas de Nerac.

Chicot acababa de adquirir muchas más noticias que las que necesitaba para formar su plan.

Conocía á Margarita por haberla visto en París,

y sabía, por lo demás, que si era poco disimulada en asuntos de amor, esto solo sucedía cuando un motivo cualquiera la obligaba á ponerse una venda en los ojos.

— ¡ Cáspera ! — dijo, — ¡ no puedo olvidar las calles de cipreses y los tres mil pasos de sombra ! Y soy yo quien va á decir la verdad en Nerac, yo que vengo de París, á gentes que tienen alamedas de tres mil pasos y unas sombras en las cuales las mujeres no ven á sus maridos pasearse con sus queridas. ¡ Pardiez ! me sajarán aquí para enseñarme á no turbar tantos paseos encantadores. Afortunadamente conozco la filosofía del rey, y espero en ella. Además soy embajador, y por consiguiente inviolable.

Y Chicot prosiguió su marcha, entrando hacia el anocheecer en Nerac, juntamente á la hora de esos paseos que tanto ocupaban la atención del rey de Francia y de su flamante embajador.

Chicot pudo convencerse de la sencillez de las costumbres reales por el modo con que fué admitido en una audiencia.

Un simple lacayo le abrió las puertas de un salón rústico, cuyas avenidas se veían esmaltadas de

flores: encima de este salón estaba la antecámara del rey y la cámara que le gustaba habitar de día para dar audiencias de poca importancia, de las cuales era tan pródigo.

Un oficial, y á veces un paje, iba á avisarle cuando se presentaba una visita. Este oficial ó este paje corría en busca del rey hasta que le encontraba en cualquier sitio que fuese. El rey se presentaba al punto y recibía al solicitante.

Chicot no pudo menos de quedar encantado al notar aquella franqueza tan extraordinariamente benévola, y tuvo al rey por bueno, por cándido y por enamorado, subiendo de punto este buen concepto cuando á la conclusión de una calle sinuosa y bordada de adelfas, no de tres mil pasos, sino de doce ó quince, vió llegar con un mal sombrero en la cabeza, ropilla de color de hoja seca y botas pardas al rey de Navarra, contento y risueño, divirtiéndose con un boliche que traía en su mano derecha, al paso que con la izquierda arrancaba las flores de la orrilla del paseo.

— ¡ Quién quiere hablarme ? — preguntó á su paje.

— Señor, — respondió éste, — un hombre que



al parecer es medio caballero y medio militar.

Chicot oyó estas últimas palabras, y se adelantó con gentil talante, diciendo :

— Soy yo, señor.

— ¡ Bueno ! — exclamó el rey alzando los brazos al cielo ; — el señor Chicot en Navarra ; el señor Chicot entre nosotros ; bien venido seáis, señor Chicot.

— Mil gracias, señor.

— ¡ Sano y salvo, á Dios gracias !

— Así lo creo, señor, — dijo Chicot entusiasmado.

— ¡ Voto á Cribas ! — añadió Enrique ; — vamos á beber juntos un poco de vino de Limoux, de que me daréis noticias. Os juro, señor Chicot, que me colmáis de júbilo ; ea, sentaos aquí.

Y le señalaba un banco de césped.

— Jamás, señor, — dijo Chicot con humildad.

— ¡ Conque habéis andado doscientas leguas para venir á verme, y queréis que os deje en pie ? No, señor Chicot, sentaos, sentaos ; no se habla bien sino sentado.

— Pero, señor, el respeto.

— ¡ Respeto entre nosotros y en Navarra ? Tú

estás loco, mi pobre Chicot : ¿ quién piensa en eso ?

— No, señor, no estoy loco, — respondió Chicot ;

— soy embajador.

Un ligero pliegue arrugó la frente serena del rey ; pero desapareció tan pronto, que Chicot, á pesar de lo observador que era, no percibió siquiera la señal.

— ¡ Embajador ! — dijo Enrique con sorpresa, á la que procuró dar cierto aire de naturalidad. — ¿ Embajador de quién ?

— Del rey Enrique III. Vengo de París y del Louvre, señor.

— ¡ Ah ! Eso es diferente, — repuso el rey levantándose de su banco de césped y exhalando un suspiro. — Marchaos, paje ; dejadnos ; subid vino al piso principal, á mi cámara ; no, á mi gabinete. Venid conmigo, señor Chicot, yo os enseñaré el camino.

Chicot siguió al rey de Navarra, que andaba entonces más de prisa que cuando volvía de su paseo de adelfas.

— ¡ Qué miseria ! — murmuró Chicot — ¡ venir á turbar á este buen hombre en su paz y en su ignorancia ! ¡ Bah ! ¡ Será filósofo !